

Revelación del lector, la fineza poética de Edith Stein

Noé Blancas Blancas. Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP, México)

noe.blancas@upaep.mx

Recibido 26/04/2022

Resumen

Este artículo aborda la poesía de Edith Stein a partir del tópico de la Revelación. Entendida como «la buena nueva» de la venida y la resurrección de Cristo, la Revelación se relaciona con el mandato del amor al prójimo, cuya sola posibilidad radica en el amor a Dios, pues «quiere que le amemos, cuando manda que amemos al prójimo», como explica sor Juana. Y así, se relaciona también con la mayor «fineza» de Jesús hacia a los hombres, según la carta Atenagórica, que consiste en «los beneficios que nos deja de hacer» para contener nuestra ingratitud; en el amor al prójimo, la correspondencia del amor es para Él, pero la utilidad es nuestra. En la poesía de Edith Stein, la Revelación se corresponde con la revelación del lector, con lo que se consuma la representación de la mayor fineza: para el lector, y para él solo, es la utilidad de la lectura.

Palabras clave: Edith Stein, poesía, Revelación, revelación del lector, sor Juana Inés de la Cruz, carta Atenagórica.

Abstract

Revelation of the reader, the poetic finesse of Edith Stein

This article analyzes the poetry of Edith Stein from the topic of Revelation. Revelation, understood as «the good news» of the coming and resurrection of Christ, is related to the mandate of love to others, whose can only be done in the love of God, because «he wants us to love him, when he commands that we love the neighbor», as sor Juana explains. And thus, it is also related to the greater «finesse» of Jesus towards men, according to the *carta Atenagórica*, which consists of «the benefits that he ceases to do» to contain our ingratitud; in love of neighbor, the correspondence of love is for Him, but the utility is ours. In the poetry of Edith Stein, Revelation corresponds to another revelation: that of the reader, which consumes the representation of the mayor fineness: for the reader it is only the utility of reading.

Key words: Edith Stein, Poetry, Revelation, Revelation of reader, Sor Juana Inés de la Cruz, *carta Atenagórica*.

Revelación del lector, la fineza poética de Edith Stein

Noé Blancas Blancas. Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP, México)

noe.blancas@upaep.mx

Recibido 26/04/2022

Como es bien sabido, *La vida*, de santa Teresa de Jesús fue una lectura determinante para la conversión de Edith Stein¹. Su lectura «sapiencial» fue para la monja, filósofa y mártir, como una revelación de una persona dirigida a otra persona. Quizá por ello, en su poesía, el tema de la revelación resulta crucial. Si alguna *función* tiene la literatura —y por ahora considero aquí a la poesía como parte de la literatura, dada su dimensión estética, pero también dialógica—, es la de *interpelar* al lector. No parecerá extraño entonces que, al escribir poesía, Edith Stein interpele a su lector para hacerle partícipe de la Revelación, es decir, de la existencia de Dios, de su presencia en el alma humana.

Su poesía podría constituir, así, un acto además de estético, profundamente comunicativo; un acto de empatía —en términos de la propia Stein: «experiencia *sui generis*, la experiencia de estados de conciencia de otros, en general [...]. La experiencia que un yo en general tiene de otro yo semejante a este» (cit. en Rollan, 2017). Digamos, un acto de amor, por cuanto comunica nada menos que la «buena nueva» de la venida y la resurrección de Cristo; y por cuanto devela al lector real, empírico, como destinatario final de tal revelación.

Para Edith Stein —según leemos en *Ser finito y ser eterno*—, el alma es el «castillo» en cuyas moradas exteriores, inferiores o interiores, el yo habita (Stein, 2004a: 446); las facultades del conocimiento «permiten a las cosas del mundo exterior penetrar en él (el castillo del alma)»; y los sentidos «constituyen las puertas de entrada» (*ib.*). Lo que entra, desde el mundo exterior, produce una reacción que puede ser primero involuntaria, pero luego una respuesta libre:

¹ Stein se convirtió al catolicismo en 1921; fue bautizada el 1 de enero de 1922. Entre el 27 de mayo y el 3 de agosto de 1921 había leído *La vida*, de santa Teresa de Jesús.

Lo que penetra en la interioridad constituye siempre un llamado a la *persona*; un llamado a su *razón* en cuanto fuerza que se *percibe* espiritualmente, es decir, a *comprender* lo que sucede [...]. Un llamado a su *libertad*; ya la búsqueda intelectual del sentido es un acto libre. Pero además el alma exige una conducta ulterior conforme a este sentido [...]. [*Ib.*: 452]

El alma, en su interioridad, experimenta «*lo que ella es y cómo es*», pues «lleva en su *quid* la determinación de lo que debe *llegar a ser*: por medio de lo que recibe y de lo que hace», en tanto «despierta a la razón» (p. 455). Así, entrar en uno mismo, «retirarse realmente a la interioridad» conduce no a la nada, sino a «un vacío y un silencio inhabituales» (p. 456):

Ésta es la experiencia que han hecho siempre los que conocen la *vida interior*: han sido arrastrados hacia su interioridad más profunda por algo que ha ejercido una presión más fuerte que el conjunto del mundo exterior: allí han experimentado la presencia de una vida nueva, pujante, superior, la de la vida sobrenatural, divina. [*Ib.*]

Y se alcanza, así, la «gracia mística»: «la presencia de Dios en el alma» (p. 457).

De la presencia de Dios en la tierra habla Stein en la mayor parte de su poesía. El poema *Tabernaculum Dei cum hominibus* (Dios entre los hombres), escrito el 25 de mayo de 1937, comienza:

Tú dijiste: «Todo está cumplido»; e inclinaste la cabeza en silencio.
Había terminado tu peregrinación en la tierra,
a la derecha de tu Padre estaba el trono de la gloria
preparado desde el comienzo, y tú subiste a él.
Sin embargo, no te has separado de la tierra.²

El poema refiere dos grandes tópicos: la muerte de Cristo («Todo está cumplido») y su permanencia entre los hombres («no te has separado de la tierra»). Sobre este último, la poetisa insiste:

[...] no quisiste dejar huérfanos a los hijos,
construiste en medio de ellos tu tienda

² Edith Stein, 2004b: 777.

y es tu gozo permanecer aquí.
Así quedarás hasta el final de los tiempos:
tu sangre que has derramado para los tuyos abundantemente,
debe servirles de bebida de la vida.³

Los dos tópicos aluden a dos de los más trascendentales actos de amor hacia los hombres realizados por Cristo: la muerte y la permanencia en el Sacramento. Escribe Stein:

Tú, buen pastor, amabas ya a los tuyos
como nunca un corazón humano ha amado en la tierra.⁴

La Muerte y el Sacramento fueron considerados por San Agustín y Santo Tomás, respectivamente, las mayores «finezas» de Cristo.

Dada la enorme importancia de estos tópicos, voy a detenerme un poco aquí. En el siglo XVI, otra monja, sor Juana Inés de la Cruz, se había referido también a estas finezas en un documento tan controversial entonces como ahora, la «carta Atenagórica» (1690), en el que discute, o más bien cuestiona, precisamente, la primacía de estas dos «finezas» y la de una tercera: el lavatorio de pies realizado por Cristo la víspera de su sacrificio. Como es sabido, la carta Atenagórica constituye una respuesta al sermón de Mandato del padre Antonio Vieyra.

Sor Juana define *fineza* distinguiéndola, en primer lugar, de su causa, el amor: «¿Es fineza, acaso, tener amor? No, por cierto, sino las demostraciones del amor: ésas se llaman finezas. Aquellos signos demostrativos, y acciones que ejercita el amante, siendo causa motiva el amor, eso se llama fineza.» (1995: 423-424). Esto es, el amor es la causa, mientras que la fineza «es el signo exterior» (1995: 424).

Por cuanto a la primera fineza, la muerte de Cristo, san Agustín la considera la mayor de todas, fundándose en la afirmación de san Juan (15:13) «Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos». No lo cree así Vieyra, quien considera que es aún mayor fineza el ausentarse que el morir. Pero sor Juana coincide con san Agustín —es mayor fineza haber muerto que haberse ausentado—,

³ *Ibidem.*

⁴ *Ibidem.*

considerando que: «En cuanto Dios, ya había hecho con el hombre finezas dignas de su Omnipotencia, como fue el criarle, conservarle, etc.; pero en cuanto hombre, no tiene más que poder dar, que la vida» (1995: 415), según él mismo afirma: «El buen pastor da su vida por sus ovejas» (Juan, 10:11). Agrega sor Juana que: «para ser del todo grande una fineza ha de tener costos al amante y utilidades al amado. Pues pregunto, ¿cuál fineza para Cristo más costosa que morir? ¿Cuál más útil para el hombre que la Redención?» (1995: 416). Y al decir: «Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros, haced esto en memoria de mí» (Corintios, 11:24), advierte sor Juana, «quiere Cristo acordarnos su costo y nuestra utilidad, que son los dos términos que hacen perfecta una fineza, y que sólo comprende su Muerte» (1995: 416); incluso, «la Encarnación fue medio para la muerte» (1995: 417). Edith Stein parece compartir esta postura, pues dice en su citado poema:

[...] no te has separado de la tierra.
Con ella te desposaste para todos los tiempos,
desde que bajaste de las alturas del cielo
hasta lo más bajo.⁵

290

Pasemos a la segunda fineza. Para santo Tomás, «la mayor fineza de Cristo fue el quedarse con nosotros Sacramentado, cuando se partía a su Padre glorioso» (1995: 420). Para Vieyra, mayor fineza que el quedar con nosotros es el haberse quedado «en el Sacramento sin uso de sus sentidos». Cuestiona sor Juana: «¿Qué forma de argüir es ésta (la de Vieyra)? El Santo (Tomás) propone en género; el autor (Vieyra) responde en especie. Luego no vale el argumento» (1995: 421). Y aun proponiéndose argüir «de especie a especie», considera sor Juana que no es mayor fineza estar sin uso de sentidos que el «estar presente al desaire de las ofensas» (*ib.*), pues: «No ver lo que da gusto, es dolor; pero mayor dolor es ver lo que da disgusto» (1995: 422).

Hemos visto ya cómo Stein pondera la permanencia de Cristo en la tierra después de su muerte; y aún más, parece compartir la postura de sor Juana al referir el desdén de los hombres para con el Sacramento de Cristo:

Cada mañana el repicar de las campanas llama

⁵ Edith Stein, 2004b: 777.

por todas las calles e invita al banquete de bodas.
Los hombres se apresuran mudos y andan a prisa por los callejones,
el sonido alcanza sus oídos pero no su corazón.
Sólo un pequeño grupo de fieles corderitos escucha la voz del pastor.⁶

Y más adelante:

Y ningún espíritu creado puede comprender
lo que tu presencia, llena de gracia,
obra de maravillas para la eternidad [...].⁷

Con lo que Stein parece aludir al hecho de que, sacramentado, Cristo sufre aún los desdenes y la incompreensión del hombre.

Por cuanto a la tercera fineza que discute Vieyra, es la que propone san Juan Crisóstomo: el haber Cristo lavado los pies de los apóstoles. Afirma Vieyra que mayor fineza que el lavatorio es «la causa que le movió a lavarlos» (1995: 422). Para sor Juana, la argumentación «no es diferente de la pasada: aquélla, de especie a género; ésta, de efecto a causa» (1995: 422).

Ante las tres finezas discutidas, el padre Antonio Vieyra propone que la mayor fineza de Cristo fue «que Cristo no quiso la correspondencia de su amor para sí, sino para los hombres [...]: amar sin correspondencia» (1995: 424). Ante esta postura, sor Juana se muestra en total discordancia. Advierte que Cristo no sólo quiso nuestra correspondencia, sino que la ordena: «no se halla otra cosa en todas las Sagradas Letras que instancias y preceptos que nos mandan amar a Dios» (1995: 424). Por ejemplo, en Marcos 12:30 se lee: «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma y de todo tu entendimiento». Luego Dios no sólo quiere la correspondencia, sino que la pone por encima de todo; por encima de los padres («El que ama a padre o a madre más que a mí, no es digno de mí», Mateo 10:37), del cuerpo («si tu mano o tu pie te escandaliza, córtale y échale de ti», Mateo, 18: 8) y del ser mismo («Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo», Mateo, 16:24). Concluye sor Juana:

⁶ Edith Stein (2004b: 777). Las cursivas son mías.

⁷ *Ibidem*.

Es el amor de Cristo muy al revés del de los hombres. Los hombres quieren la correspondencia porque es bien propio suyo; Cristo quiere esa misma correspondencia para bien ajeno, que es el de los propios hombres. A mi parecer el autor (Vieyra) anduvo muy cerca de este punto, pero equivocó y dijo lo contrario [...]. Y es que no dio el autor distinción entre correspondencia y utilidad de la correspondencia. Y esto último es lo que Cristo renunció, no la correspondencia. [1995: 430]

Al pasar a la cuestión propuesta por Vieyra del mandato de amarnos los unos a los otros, sor Juana advierte: «Manda Dios amar al prójimo y quiere que lo hagamos porque él lo manda. Luego deja supuesto que debemos amar más a Dios, pues por su obediencia hemos de amar al prójimo» (1995: 425). Esto es, el amarnos los unos a los otros no sólo no niega el amor a Dios, sino que lo antepone:

Y así, la proposición del autor (Vieyra) es que Cristo no quiso la correspondencia para sí sino para los hombres. La mía es que Cristo quiso la correspondencia para sí, pero la utilidad que resulta de esa correspondencia la quiso para los hombres. [1995: 430-431]

Y ejemplifica: tras preguntar a Pedro «¿Pedro, me amas?», y contestar este que sí, le pide Cristo un servicio, pero no para sí mismo: «Apacienta a mis ovejas»; quiere «que el amor de Pedro sea suyo, pero que la utilidad resulte en las ovejas» (1995: 431).

Y aun Edith Stein lamenta que tales ovejas sean tan pocas:

Sólo un pequeño grupo de fieles corderitos escucha la voz del pastor [...]
siguen la llamada
a la tienda santa, a la mesa que has preparado.⁸

El asunto es singularmente significativo. Recordemos que el sermón de Antonio Vieyra es un «sermón de Mandato», por ser dedicado al Jueves Santo; esto es, se trata de un sermón en torno al tema del último Mandato que Cristo da a sus apóstoles: «Como los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros» (Juan, 13:34).

Y aquí radica uno de los mayores tópicos de cristianismo: el amor al prójimo; precepto, a primera vista, imposible de realizar, pues, imperfecto como es, el hombre estaría imposibilitado de amar a sus semejantes con la misma calidad de amor como

⁸ Edith Stein, 2004b: 777.

Jesús, que es todo perfección. Edith Stein parece coincidir con sor Juana en la aparente imposibilidad:

Tú buen pastor, amabas ya a los tuyos
*como nunca un corazón humano ha amado en la tierra.*⁹

Lo expresa también en *La santa Faz* (fechado el 5 de diciembre de 1937):

Tú que amaste a los tuyos
*como ningún hombre jamás ha amado en este mundo.*¹⁰

Y, sin embargo, no es concebible que Cristo ordenase algo imposible... ¿Cómo conciliar la imposibilidad —dada la imperfección del hombre— del mandato con su perfección? Sor Juana (1995: 428) responde: «cuando manda [Cristo] que nos amemos, es siendo su Majestad el medio de este amor. [...] luego quiere que le amemos, cuando manda que amemos al prójimo». Y es que, junto al mandato, Dios le ha dado al hombre el libre albedrío:

[...] con que puede querer y no querer obrar bien o mal, sin que para esto pueda padecer violencia, porque es homenaje que Dios le hizo y carta de libertad auténtica que le otorgó. Pues ahora, de la raíz de esta libertad nace que no basta que Dios quiera ser del hombre, si el hombre no quiere que Dios sea suyo [*Ib.*: 1995: 431]

Debo volver aquí al poema de Stein:

Los hombres se apresuran mudos y andan a prisa por los callejones,
el sonido (de las campanas que llaman al banquete) alcanza sus oídos pero no su corazón.
*Sólo un pequeño grupo de fieles corderitos escucha la voz del pastor.*¹¹

⁹ Edith Stein (2004b: 777). Énfasis mío.

¹⁰ *Ibidem*: 878. Énfasis mío.

¹¹ Edith Stein, 2004b: 777.

Si sólo un pequeño grupo atiende el llamado es porque su albedrío les permite decidir mantenerse «Ahí afuera» de la «tienda santa» y tomar parte de las «tormentas y luchas horrorosas» (Stein, 2004b: 777).

Viene a cuento aquí la opinión de sor Juana sobre la mayor fineza de Cristo, que para ella constituye «los beneficios que [Dios] nos deja de hacer por nuestra ingratitud» (1995: 436). Y esto es así porque «cuando [Dios] les hace bienes a los hombres, va con el corriente natural de su propia bondad [...] sin costarle nada»; pero cuando no los hace «reprime Dios los raudales de su inmensa liberalidad, detiene el mar de su infinito amor y estanca el curso de su absoluto poder», por lo que «más le cuesta a Dios el no hacernos beneficios que no el hacérselos y, por consiguiente, mayor fineza es el suspenderlos que el ejecutarlos» (*ib.*) cuando el hacerlos es «darles ocasión de ser más malos». «De manera que se arrepiente Dios de haber hecho beneficios al hombre que han de ser para mayor daño del hombre» (*ib.*: 438), con lo cual mayor beneficio hace en no dar, pues así «detiene y represa nuestra ingratitud» (*ib.*: 439): «no es sólo el beneficio de castigarnos el que nos hace, sino el beneficio de exonerarnos de mayor cuenta» (*ib.*: 438).

Vuelvo ahora al poema de Stein que he venido citando, el cual concluye:

Todavía no se imaginan, pero caerán las vendas,
cuando un día se desate el combate final
y tus fieles testigos permanezcan a tu lado hasta la muerte.
¿Cuándo, Señor, cuándo será ese día?
Mi Señor y Dios, escondido bajo la forma de pan,
¿cuándo te manifestarás en tu gloria?
En dolores de parto se halla el mundo,
la esposa aguarda:
¡Ven pronto!¹²

Al parecer, Stein suplica que se haga posible la revelación. Antes ha dicho:

Y ningún espíritu creado puede comprender
lo que tu presencia, llena de gracia,

¹² Stein, 2004b: 779. Énfasis mío.

obra de maravillas para la eternidad.¹³

Efectivamente, el hombre no puede comprender lo que Su Presencia obra. Luego, cualquier fineza es incomprendida. Y así, sólo la Revelación puede convertir la fineza negativa de Dios —no hacer el bien para no generar más ingratitud— en positiva. Asimismo, tanto sor Juana como Stein advierten que sólo la *Revelación* de Cristo posibilita el cumplimiento de su *Mandato*, es decir, el amor al prójimo.

Para concluir, me gustaría relacionar esta *Revelación* con otra revelación: la del lector en el poema.

Me explico. Es tópico común que, en el poema —a diferencia de un cuento o una novela, es decir, el relato ficticio—, el enunciador se corresponde con el autor empírico¹⁴; al menos, se corresponde en gran medida. De manera que el autor está presente en su enunciación poética, es el sujeto de la enunciación, pues la voz poética es el poeta.

Pero, ¿en qué medida el lector —o interlocutor o destinatario— se ve interpelado en el discurso poético? Y si es interpelado, ¿ofrece una marca el poema, en tanto escritura, que lo revele? Me gustaría proponer aquí que esa marca de interpelación, que vuelve al lector el destinatario, el interlocutor del poema, es su *revelación*. En el poema de Stein, esta revelación ocurre hacia el final, que ya he citado y que ahora repito:

Todavía no se imaginan, pero caerán las vendas,
cuando un día se desate el combate final (...).
¿Cuándo, Señor, cuándo será ese día?¹⁵

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Es esta la opinión de Käte Hamburger. En *La lógica de los géneros literarios* (1986), afirma que la literariedad de poesía, como la de la ficción —aunque cada una a su modo—, se caracteriza por su ruptura con el lenguaje ordinario, debido a la presencia de «enunciados de realidad», es decir, actos de habla genuinos ejecutados por un «yo-origen» real (cf. Genette, 1993: 20). Genette (1993), por su parte, en *Ficción y dicción*, discrepa: «En la poesía lírica nos encontramos sin duda con enunciados de realidad y, por tanto, con actos de lenguaje auténticos, pero cuyo origen permanece indeterminado, pues, por esencia, no puede identificarse con certeza el ‘yo lírico’ ni con el poeta en persona ni con otro sujeto determinado alguno», lo que constituye, a su juicio, «una forma atenuada de ficticidad» (p. 20). Para el hilo argumentativo de este trabajo, aun considerando la filiación ficticia del poema, basta con identificar los fines apelativos de la voz poética, ya sea real o indeterminada, como explicaré más adelante.

¹⁵ Stein, 2004b: 779.

La enunciación, como es evidente, no se dirige al lector, sino a Dios, como lo evidencia el vocativo: «¿Cuándo, Señor [...]?». Pero tal vocativo revela también al lector como sujeto de aquello que la enunciación refiere —como *actante* de la representación poética— porque este lector necesariamente es, o bien *el hombre que no se imagina* el combate final, por estar vendado; o bien *el hombre que espera*, con la poetisa, el combate final y la caída de las vendas. Así, está presente, dentro del poema. En esto consiste la doble revelación: la revelación de la existencia de Dios y su revelación en el poema.

Como dije al principio, si alguna *función* tiene la literatura, es la de *interpelar* al lector. Mi percepción es que Edith Stein escribe estos poemas precisamente para interpelar a su lector, a su prójimo no sólo con una intención estética, sino también con la intención de hacerlo partícipe de la *Revelación*. Y esa es su muestra de amor. Habiendo su alma recibido la Revelación, su libre respuesta no es otra que comunicarla a los demás. Ese es su «llegar a ser»; esa es su *fineza* —en términos de sor Juana—: «signo demostrativo» «que ejercita el amante, siendo su causa motiva el amor» (1995: 423).

Concluyo: la fineza que Stein hace al lector es revelarlo; y lo consigue haciéndolo presente en su poesía, volviéndolo su interlocutor cuando habla precisamente sobre la *Revelación* de Cristo. Apelándolo, Stein intenta comunicarle no otra cosa sino la «buena nueva»: la existencia de Dios en el alma; las finezas de Cristo: *que ha muerto* en la cruz¹⁶; *que permanece* entre nosotros en el Sacramento; y que por su mediación podemos amarnos los unos a los otros con la calidad de Su amor.

Al mismo tiempo, la fineza de Stein cumple puntualmente con aquel onceavo mandato que Jesús da a sus apóstoles la víspera de su sacrificio, pues exige de él —de nosotros— correspondencia: que leamos; pero renuncia a la utilidad, que redundará en favor de nosotros, sus lectores; tal utilidad es la *Revelación*.

Bibliografía

- Cruz, Sor Juana Inés de la (1995), «Carta Atenagórica», en *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, t. 4. México, FCE, 412-439.
- Genette, G. (1993), *Ficción y dicción*. Barcelona, Lumen.

¹⁶ «Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos» (Juan 15;13).

- Hamburger, K. (1986), *Logique des genres littéraires*. París, Seuil.
- Rollán, M. (2017), «Metafísica y mística del amor 'encarnado' en San Juan de la Cruz: para una lectura de *Llama de amor viva*», en M. Paredes y E. Bonete, *Filosofía, arte y mística*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca/Aquilafuente.
- Stein, E. (2004), *Obras completas, vol. V. Escritos espirituales (en el Carmelo Teresiano: 1933-1942)*. Vitoria/Madrid/Burgos, El Carmen/Ed. de Espiritualidad/Monte Carmelo.
- Stein, E. (2004), *Ser finito y ser eterno. Ensayo de una ascensión al sentido del ser*. México, FCE.

